

**NÚMERO
ESPECIAL**

Todo sobre Molloy

IR Y VENIR

Leonor Arfuch

Instituto Gino Germani – Universidad de Buenos Aires

Leonor Arfuch es Doctora en Letras por la Universidad de Buenos Aires, Profesora Titular e investigadora de la Facultad de Ciencias Sociales e Instituto Gino Germani (UBA). Trabaja en temas de subjetividad, identidad, memoria y narrativa desde una perspectiva de análisis del discurso y crítica cultural. Es autora de varios libros, entre ellos La entrevista, una invención dialógica (1995, 2da edición 2010); El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea (FCE, 2002, segunda Ed. 2005 y reimpresiones); O Espaço Biográfico – Dilemas da Subjetividade Contemporânea, Trad. de Paloma Vidal, Rio de Janeiro, EdUERJ Editora, 2010; Crítica cultural entre política y poética (FCE, 2008) y Memoria y autobiografía. Exploraciones en los límites (FCE, 2013).

Contacto: larfuch@yahoo.com.ar

Ir y venir. Vivir entre lenguas y recorrer espacios, breves geografías, territorios de la intimidad. Estar aquí y allí sin ser del todo más que en el vaivén que salva del anclaje en un lugar. La mirada viajera y la lengua que migra llevando consigo el hogar. Restos de patria que afloran súbitamente en una inflexión del decir, sin ser llamados. Desplazamientos de la crítica a la ficción y la autoficción sin abandono de la autobiografía (¿O toda crítica lo es en verdad?).

Ese vaivén -adentro y afuera- inspira mi aproximación a la obra de Sylvia Molloy, que pienso como un diálogo, una conversación -como en la vida misma- donde el espacio biográfico marca recorridos que infringen los géneros en un verdadero gesto de anticipación. Y en ese asomarse curioso y erudito -a la interioridad, a la literatura- destellan a un tiempo la agudeza de la crítica, la ironía, el humor y la dimensión poética. Una conjunción que enlaza también, como lo quería Bajtín, arte y vida.

*Acto de presencia*¹ inaugura una serie donde la lengua prima -Hispanoamérica- la escritura se *escucha*, el cuerpo entra en escena con el libro en la mano -una mano que es, también, escritura- para dar cuenta de las diversas retóricas de la auto/figuración que desdican toda idea de inmediatez de la vida. Estudio pionero sobre la escritura autobiográfica, consciente de los escarceos del yo y sus múltiples máscaras - sin que haya *detrás* ninguna “verdadera” identidad, según nos advirtiera Paul de Man con la figura de la prosopopeya- decide anclar en un continente inexplorado y dar la voz a personajes disímiles, distantes en el tiempo y el espacio, cada uno con su prosapia -Sarmiento, Victoria Ocampo, Norah Lange, Picón Salas, Vasconcelos, entre otros- para entablar un diálogo intimista y acuciante con sus obras:

Procuré no tanto averiguar lo que el yo intenta hacer cuando escribe “yo” sino investigar, de manera más modesta, cuáles son las fabulaciones a las que recurre la autobiografía dentro de cierto espacio, de cierto tiempo y de cierto lenguaje, y qué dicen esas fabulaciones sobre la literatura y la época a que pertenecen²

La elección no es azarosa. La crítica se propone *leer de otra manera* -un gesto que se replicará en los estudios venideros- obras claves de la literatura

¹MOLLOY, Sylvia, *Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica*, México, El Colegio de México y Fondo de Cultura Económica, 1996.

² Ob.cit p. 12

hispanoamericana en un contexto en el cual la autobiografía no ha sido suficientemente apreciada o fue leída, indistintamente, como historia o ficción. Ese desdén, o esa desatención, transforman a esos textos en “un ideal objeto de estudio”, sin clasificación estricta ni lastres de ortodoxia, donde la indeterminación genérica o la hibridez de su estructura abren los márgenes de interpretación. Cada texto podrá entonces decir más sobre sí mismo “a condición, por supuesto, de que se lo atienda hasta el final, aceptando las condiciones un tanto incómodas que el mismo texto impone”.³

Esa atención a lo que el texto dice implica también *lo que no dice*, y no autoriza por lo tanto a afirmar: la existencia de una “esencia” nacional hispanoamericana que esta literatura vendría a expresar. Prefiere Sylvia

dejar que la preocupación nacional (...) reverbere en el texto como escena de crisis, siempre renovada, necesaria para la *retórica* de la autobiografía en Hispanoamérica, ver esa preocupación nacional como espacio crítico, marcado por la ansiedad de orígenes y de representación, dentro del cual el yo pone en escena su presencia y logra efímera unidad.⁴

En esa puesta en escena, que evoca también al “lector con el libro en la mano”, el contexto histórico, la lengua, el género y la época se enlazan, en la lectura de Molloy, con recuerdos sensibles, carencias, omisiones, trazando una cartografía erudita y singular donde el yo se despliega, como en toda autobiografía, “(en) una forma de exhibición que solicita ser comprendida, más aún, perdonada”.⁵

Varios senderos se abren a partir de esta obra mayor, que señalizan de alguna manera el andar futuro de la crítica y la escritora: las diversas estrategias en la elaboración textual del yo, la estrecha relación entre libros y escrituras, el don memorial y sus lugares de culto, la infancia, un tanto esquiva en los relatos analizados, pero protagonista en los propios. Una trama sutil donde la intimidad -la propia, la de otros- se vislumbra desde el umbral, como un aleteo de luces y sombras, sin olvido de la figura barthesiana de la delicadeza.

Pero también, el haber escrito este libro en inglés -*At face value*-⁶ abordando piezas claves de la literatura hispanoamericana, marca el derrotero del vivir entre lenguas, que luego tendrá su propio sitio: un libro que se desliga de la escritura académica y deja vagar los recuerdos en un género otro, “adentro y afuera” de la autobiografía, a la manera quizá benjaminiana de iluminar escenas, en rechazo

³ Ob.cit. P.12

⁴ Ob. cit. p.15

⁵ Ob. cit. p.17

⁶ MOLLOY, Sylvia, *At face value. Autobiographical Writing in Spanish America*, Cambridge University Press, 1991.

de la cronología y del tránsito obligado de las cosas. Así, *Vivir entre lenguas*⁷, escrito en español, retorna al territorio de la infancia para interrogarse sobre la voz -las voces- que hablan allí, en ese bilingüismo liminar que es a la vez un don y una inquietud: la identidad tejida en el cruce de lenguas en la que cada una trae consigo un mundo. El inglés del padre, el francés negado a la madre, que ella tratará de compensar modulando también esa lengua otra. ¿Cuál es entonces, allí, la lengua *madre*? ¿Cuál elegir para un decir verdadero? ¿La más exacta, la más apropiada, cuando ambas -y una tercera- han sido *apropiadas*?

Quiérase o no siempre se es bilingüe *desde* una lengua, aquella en la que uno se aposenta primero, siquiera provisoriamente, aquella en la que uno se reconoce. Esto no significa aquella en la que uno se sienta más cómodo, ni tampoco la que uno habla mejor ni tampoco la que se usa para la escritura.⁸

El libro navega en esa indecisión, trayendo a cuento historias minimales, gestos y escenas de la novela familiar, relatos sobre otros autores, anécdotas de un mirar viajero. Minimalismo de los textos e intensidad de la conversación - porque así se propone la lectura, también como un *acto de presencia*. Pero ese don narrativo que el yo despliega con maestría en el modo de la autoficción, no deja de lado la crítica -ética, política- que toda reflexión sobre la lengua puede inspirar: lenguas que “valen” más que otras, lenguas que impiden el cruce de fronteras o son objeto de discriminación.

Pese a que cada lengua aporta un nuevo horizonte a la percepción, la narradora advierte que “Siempre se escribe desde una ausencia: la elección de un idioma automáticamente significa el afantasmamiento del otro pero nunca su desaparición”⁹. Y es en esa tensión entre uno y otro -la ausencia que “percude” el idioma elegido, el no convocado que acecha para inmiscuirse súbitamente y reclamar derecho de ciudadanía- donde se dirime qué es el *hogar*: ¿espacio, territorio, cobijo, lugar de origen, punto de apoyo, objeto de deseo? ¿O quizá el hogar se lleva consigo, se recobra al llegar y vuelve a hablar la lengua cotidiana, la lengua *casera*?

El aprendizaje de la lengua casera exige atención, como cualquier aprendizaje. Se adquieren términos nuevos, se desempolvan palabras olvidadas, pero nunca, nunca, se muestra la hilacha recurriendo al término de *allá*, y menos aún al término de *aquel entonces*. Se trata de una suerte de comadreo lingüístico, un regodeo, como si se citara en un idioma para impresionar al otro. ¿Cuál otro?¹⁰

⁷ MOLLOY, Sylvia, *Vivir entre lenguas*, Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2016.

⁸ Ob. Cit. P.23

⁹ Ob. Cit. P. 24

¹⁰ Ob. Cit. P. 47

Tal vez el hogar anida también en esos restos de patria que habitan la memoria anodina, se cobijan en un sinsentido, en alguna expresión que surge al azar, traída vaya a saber porqué. Preguntas del vivir entre lenguas que incluyen también la traducción, esa tarea ímproba donde el significante oscila, sin lugar seguro donde posarse.

El libro inventa un género y propone varios recorridos de lectura. El placer de una escritura que discurre con humor e ironía, capaz de ahondar sentido en plena síntesis. El devenir poético de los recuerdos de infancia, que alientan esa sintonía valorativa entre el narrador y su destinatario que Bajtún llamó “valor biográfico” y que opera tanto respecto de la experiencia – la vida propia- como de la vivencia de la vida misma, es decir, la dimensión ética de la vida en general. Pero hay también una reflexión sobre la lengua que puede hablar de exilios -sin nombrarlos- de lejanías que percuten en el alma, de pérdidas, de distancias no elegidas, migraciones, extrañamiento de la tierra natal: “Siempre escribí afuera: a la intemperie. Durante mucho tiempo sólo escribí crítica, no me permitía la escritura de ficción de manera sostenida. ‘Exile is about telling a story’ dice Alicia Borinsky. Pero, quería saber yo, ¿en cuál de mis idiomas?”¹¹

Esas lejanías y su efecto en la literatura ya habían sido abordados años antes en *Poéticas de la distancia*¹², un volumen que Molloy edita con Mariano Siskind y que reúne textos de distintos escritores. Allí destellan también preguntas sobre el vivir y escribir en otras lenguas u otros sitios -estéticas migrantes, diásporas, desplazamientos, exilios-, sobre la tentación autobiográfica, sobre la im/posibilidad de una literatura nacional. El capítulo de Sylvia, “A modo de introducción” tiene un título significativo: “*Back home*: un posible comienzo”. Comenzar por el *back* es traer al presente el desconcierto de la pregunta por el hogar, el *dónde* más cercano al sentimiento, la afiliación, la filiación. Así, lo que prima es la casa natal, la que impone la *vuelta* a ver cómo ha quedado, qué huellas del pasado permanecen, quienes la habitan ahora, qué energía emocional la puebla y qué hubiera sido de la vida - y la escritura- de haberse quedado allí. Aunque sus actuales moradores se lo permiten, franquear el umbral tampoco ayuda, ya no se reconocen los espacios, hay una ajenidad que vela los recuerdos. Y nunca se vuelve de la misma manera. Pero también la escritura del desplazamiento plantea sus preguntas: ¿cómo es “elaborar una patria fantasmática”, escribir desde una ciudad u otra, Nueva York o París?: “Lo cotidiano siempre deja su marca, también cuando se está ‘afuera’ establece sus costumbres, condiciona la memoria, se entreteje con el recuerdo, permite (...)

¹¹ Ob. Cit. P.74

¹² MOLLOY, Sylvia y SISKIND, Mariano (Eds.) *Poéticas de la distancia. Adentro y afuera de la literatura argentina*, Buenos Aires, Grupo Editorial Norma, 2006.

inventar lo familiar desconfiando de las raíces”.¹³ Raíces en el aire, volviendo a Barthes.

Sin embargo, viviendo en Nueva York, el atentado a las torres despertó recuerdos que trajeron consigo un “retorno” al hogar: “(...) en esos momentos, la necesidad de rearmar un lugar de origen es muy fuerte”.¹⁴ Nació entonces *Varia imaginación*,¹⁵ un libro de relatos “más o menos autobiográficos” que marca un estilo donde la brevedad hace sentido. Pantallazos que muestran “de cuerpo entero” quien habla allí, pequeñas piezas maestras que configuran un itinerario. La familia -esos padres, de quienes no todo se sabe-; la casa natal y el temor a su desaparición ante una noticia (que resulta falsa) -“¿Cómo han podido demoler la casa de mis padres?”¹⁶-; la escuela -el colegio inglés-, el homenaje a la lengua casera en el “desorden costurero” que hilvana las labores de la madre y la tía y es también un homenaje a ellas: “Plumetí, broderie, tafeta, falla, gro, sarga, piqué, paño lenci...”¹⁷, hábitos, recuerdos de viaje, estragos de la memoria: “Hace poco, sentada a la mesa, me sorprendí repitiendo un gesto de mi madre. Ya no recuerdo si estaba sola o acompañada, la sorpresa fue tan fuerte que obliteró lo que me rodeaba, como una foto sobreexpuesta”.¹⁸ Escrituras del yo que infringen el canon de la autobiografía y dejan aflorar por fragmentos aquello que surge, quizá inesperado. Y de nuevo el diálogo, la conversación, que es el modo de hablar de y con los libros.

Ese escribir/leer ya se había puesto de manifiesto en *Las letras de Borges*¹⁹, un título que marca la distancia entre el hombre y la letra, donde la mirada crítica elude la domesticación y se permite la irreverencia, la extrañeza, la indagación en las orillas, lo que queda a su tiempo y a su modo, sin necesidad de integración. “Para aproximarme a la inquietud, a lo *uncanny*, en el texto borgeano, elijo el vaivén”.²⁰

Me detengo en uno de los capítulos, “Cita y prefiguración en la obra de Borges”, porque allí se explicita una de las claves que atraviesa toda la obra de Molloy:

(...) .la reflexión que sigue procura entretener vida y letra de Borges, o más precisamente, personalidad, autobiografía y cita en Borges. Dicho de otro modo: procurará pensar a un sujeto y su lectura y comprobar, una vez más, que el sujeto es su lectura²¹.

¹³ Ob. Cit. P. 20

¹⁴ Ob. Cit. P. 21

¹⁵ MOLLOY, Sylvia, *Varia imaginación*. Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 2003.

¹⁶ Ob. Cit. P. 9

¹⁷ Ob. Cit. P. 21

¹⁸ Ob. Cit. P. 71

¹⁹ MOLLOY, Sylvia, *Las letras de Borges*, Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 1999.

²⁰ Ob. Cit. P. 15

²¹ Ob. Cit. p.227

Reconociendo el carácter referencial de esa escritura, la crítica se interroga más bien sobre la tentación autobiográfica de quien supo hablar de la “nadería de la personalidad”, lo acompaña a través de los textos como a un transeúnte en desasosiego que desdice la unicidad del yo, y descubre el carácter elusivo pero no por ello menos persistente de sus estrategias de autofiguración, que puede traducirse en “la codicia de otras vidas”, esperable quizá respecto de personajes admirados pero que también se torna hacia los autores. Vidas imaginadas, conjeturales, figuras citadas como si fueran textos pero a sabiendas de la imposibilidad de atrapar un yo de conjunto. La desfiguración, que Paul de Man asocia a la prosopopeya,²² juega allí su rol: entrar en diálogo consigo mismo a través de los muertos que homenaja dotándolos de rostro como un epitafio, indirectamente autobiográfico, hablar de sí a través de los otros, y activar esa “necrológica por sí mismo” como definía Michel de Certeau la autobiografía.

Molloy reconoce en los textos cierta subversión literaria, la deriva de una conversación, un tránsito, una conversión de relatos, donde la voz, la entonación, el trabajo sobre el olvido y la memoria, traen al presente, en la repetición, aquello antiguo y otro que se hace nuevo. “Con la seguridad que dicta el placer -placer del texto, un goce casi físico de la lectura del que poco se ha hablado- establecía sus simpatías y sus diferencias, postulaba una fraternidad por la cita y la alusión”.²³

La sutil indagación sobre lo autobiográfico en Borges, realidad cobijada en la letra sin relación con la mimesis, autoriza quizá, una vez más, a afirmar que toda escritura es autobiográfica.

Y es también Borges *Encore* quien nos lleva a *Citas de lectura*²⁴ esta vez como reconocimiento “a un maestro de desasosiego, de marginalidad, de oblicuidades, de *traslados*: en suma, maestro de una sociabilidad entre textos para mí del todo nueva” (2017:63). Con la maestría acostumbrada Molloy resume, en apenas dos páginas, la relación con el hombre y la letra que marcó profundamente su “escribir la lectura”:

Me enseñó, como también lo haría poco después Roland Barthes, a escribir mi lectura, me llevó a escribir crítica y ficción de manera diferente y a no ignorar el contacto entre las dos, me enseñó a dialogar con el archivo. Pero digo mal que me enseñó esas cosas, más bien me dio la libertad necesaria para que las aprendiera.²⁵

²² DE MAN, Paul, “Autobiography as De-facement” en *The Rhetoric of romanticism*, New York, Columbia University Press, pp. 67-81

²³ MOLLOY; Ob. Cit. P 212

²⁴ MOLLOY, Sylvia, *Citas de lectura*, Colección Lectores, Buenos Aires, Ampersand, 2017.

²⁵ Ob. Cit. P. 64

Escribir la lectura es el propósito del libro -y de la colección-, y se abre así un nuevo comienzo: “Este libro recuerda encuentros con libros que por alguna razón, profunda o frívola, me acompañan hasta hoy. Al anotar esos recuerdos, posiblemente los amplíe, acaso los invente”.²⁶ Recoger los recuerdos -o inventarlos-, llevará entonces al primer libro leído en la infancia, cuya huella huyó de la memoria dejando no sólo una ausencia sino una turbación -¿fue en español / no fue en español?-, a la que sólo puede responder, una vez más, “un vivir entre lenguas que es mi vida mima.”²⁷

Retorna, sí, el *escuchar* la lectura en la voz de la tía del lado francés que le lee cuentos de hadas de distintos países -con menoscabo de las inglesas-, el leer y sufrir, el imaginarse en la piel de otros personajes, el descubrir la captura del tiempo por los libros -y con ellos-, y también la atracción de los espacios: la mesa de noche de la madre para leer en clandestinidad *best-sellers*, atendiendo a los pasajes escabrosos, o la biblioteca paterna, para encontrar por azar un poema en francés que atiza el misterio del amor de los padres. Y las preferencias entre autores, dictadas por el amor a una profesora. Vivir con libros, viajar con libros, pero también poner el cuerpo, vivir la lectura, encarnarla, representar a los personajes - “leer era actuar y actuar era ser yo”²⁸- anticipando, quizá sin saberlo, la noción de *pose*, poética y política, que presidirá otro libro fundamental.

Si el francés es el idioma en el que Sylvia descubre tempranamente su amor por los libros, estos se acumularán sin distinción de lenguas en valijas, bibliotecas, baúles, cruzarán océanos, enfrentarán curiosos agentes de aduana, quedarán a la espera en algún lugar o acurrucados en una mesita de luz, casi confundidos con otros objetos, rutinarios o simbólicos.

La escritura, sensible y minuciosa, convoca también los propios recuerdos - el valor biográfico- tejiendo lazos de complicidad, dejando entrever tras el umbral las imágenes sugeridas, en su justa distancia y cercanía. Pero ese devenir de la memoria no sólo enhebra pequeñas piezas donde la anécdota brilla con humor e ironía, evocando escenas, encuentros, desencuentros, personajes preciados y sus diálogos, en vecindad del cuerpo y de la voz -el mismo Borges, Silvina Ocampo, José Bianco-, libros preferidos, libros talismán, libros fetiche, objetos de deseo, sino que delinea también, con trazos nítidos, la trayectoria singular de Sylvia Molloy, su potencia como teórica, crítica y escritora, ese *mirar de otra manera* que la llevó a leer en francés lo latinoamericano, a leer en traducción -y descubrir quizá que algo suena mejor-, a confrontar la rareza de lo “propio” en el distanciamiento de otra lengua - y reencontrar después la cadencia suspendida del español-, y en ese ir y venir, en la libertad de una escritura más allá de la norma o el canon, dejarnos, como un don, “el libro en la mano”.

²⁶ Ob. Cit. P. 1

²⁷ Ob. Cit. P. 1

²⁸ Ob. Cit. P. 19